

§ VIII.—Santa Cecilia.—Su amor á Jesucristo y á la santa virginidad.—Conversion de su esposo y de su hermano político.—Su admirable testamento.—Su martirio.—Santa Susana renunciando la mano del hijo de Diocleciano, y convirtiéndose al Cristianismo á sus tíos, que habian sido enviados por el Emperador para proponerle aquel matrimonio.—Constancia y gloria de su muerte.

Al lado de estas tiernas y admirables heroínas, forma tambien una grande y noble figura la vírgen y mártir Santa Cecilia. Instruida desde su infancia en la religion cristiana por el Papa y mártir San Urbano I, se habia consagrado voluntariamente al Señor con el voto de virginidad (1); pero no conservándose esta azucena delicada del alma sino entre las espinas de la mortificacion, del retiro y de la oracion, Cecilia no omitia ninguna de estas prácticas, tan preciosas á los ojos de la vírgen cristiana. Alejada del mundo, retirada continuamente en un rincon de su noble casa, sólo se ocupaba en domar con un áspero cilicio su carne virginal, en humillar su alma con los gemidos de la oracion, y en ofrecer su corazon á Dios por medio de su fervoroso amor á Jesucristo (2). Instruida en la música, unia su voz melodiosa al órgano para cantar las alabanzas del Señor, para pedirle continuamente que la conservase sin mancha, lo mismo en el alma que en el cuerpo, y que no le permitiese sufrir la confusion del pecado (3). Mirando los Santos Evangelios como una preciosa reliquia de su celestial Esposo, se gloriaba de llevarlos en su pecho (4); y ciertamente, este libro divino, depositario de los pensamientos del Verbo virginal, no podia encontrar un tabernáculo más digno que el seno de una vírgen, verdadero santuario del pudor. En la expansion de su corazon en presencia de Dios, le decia: «Señor, ¡qué dicha para mí, vuestra humilde sierva y vuestra vírgen esposa, es poder serviros con la diligencia y la asidui-

(1) «A prima ætate, fidei præceptis instituta, virginitatem suam Deo vobit.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Cilicio membra domabat; Deum gemitibus exorabat.» (*Ibid.*)

(3) «Cantantibus organis, virgo in corde suo Domino decantabat, dicens: Fiat, Domine, cor meum et corpus meum immaculatum ut non confundar.» (*Ibid.*)

(4) «Virgo gloriosa semper Evangelium Christi gerebat in pectore.» (*Ibid.*)

dad que la abeja emplea para formar la miel!» (1). Y cuando ella hacia un bien, atribuía toda la gloria á Jesucristo, diciéndole: «Jesus, Señor, inspirador divino del consejo de la castidad, recibid el pequeño bien que hago; él os pertenece, porque no es otra cosa que el fruto de la celestial semilla que habeis sembrado en mi corazon» (2).

Pero Jesucristo no habia encendido esta gran antorcha de la fe en la casa de su Iglesia para que permaneciese bajo el celemin de la vida privada, sino para colocarla sobre el candelero de los combates públicos, á fin de alumbrar al mundo con la luz de sus virtudes é ilustrar á la Iglesia con la gloria de su martirio.

Habiéndola ofrecido sus padres, contra su voluntad, á Valeriano, personaje muy distinguido, pero idólatra, no sólo obtuvo de él Cecilia que respetase su pudor, sino que en poco tiempo formó de él un fervoroso catecúmeno y lo hizo bautizar por San Urbano. Lo mismo hizo con Tiburcio, su hermano político, despues de haberle instruido muy bien en la religion cristiana. Y cuando este venturoso neófito volvió á su casa, despues de haber recibido tambien el bautismo de manos del mismo Pontífice, abrazándole Cecilia en un arrebató de santa caridad, le dijo: «Ahora te reconozco por mi verdadero pariente, por mi verdadero hermano, supuesto que el amor de Dios te ha hecho despreciar los ídolos» (3).

Apénas el prefecto de Roma, Almaquio, sabe que los dos nobles hermanos Valeriano y Tiburcio se habian hecho cristianos, cuando los hace encerrar en una prision y los amenaza con la muerte más horrible si no vuelven al momento al culto de los dioses falsos. Pero Cecilia estaba al lado de ellos, fortaleciéndolos con sus exhortaciones y su valor contra el terror de Almaquio, y afirmándolos en la fe, manifestándoles las coronas inmortales que les aguardaban. Ella no tuvo más trabajo para convertirlos en dos gloriosos mártires, que habia tenido pocos dias ántes para hacer de ellos dos cristianos perfectos (4).

(1) «Cæcilia, famula tua, Domine, quasi apis tibi argumentosa deservit.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Domine Jesus, seminator casti concilii, suscipe seminum fructus quos in Cæcilia seminasti.» (*Ibid.*)

(3) «Dixit ad Tiburtium: Hodie te fatetur meum cognatum; quia amor Dei te fecit contemptorem idolorum.» (*Ibid.*)

(4) «Cæcilia virgo Almachium superabat; Tiburtium et Valerianum ad coronas vocabat. Uterque constanter martyrium subiit.» (*Ibid.*)

Limitándose Almaquio á los dos hombres, habia perdonado á la mujer heroica que los habia convertido. Pero Cecilia no se hace ilusiones. Ella conoce que le habia de llegar su turno, y que habia de seguir á su casto esposo y á su piadoso hermano en la prueba del martirio, en el camino del cielo. Ella estaba dispuesta y preparada para todo. Sólo pedia á Dios un término de tres dias para hacer su testamento. Y ¿cuál es este testamento? El testamento de una cristiana y de una mártir. ¡Oh, cuán noble, cuán sublime y cuán perfecta era el alma de esta jóven vírgen! Su familia es la Iglesia, sus parientes son los pobres. Por consiguiente, el dia ántes de morir por Jesucristo, sólo se ocupa de la Iglesia y de los pobres de Jesucristo. Ella envía á buscar al pontífice San Urbano y le dice: «Ved aquí mi casa, tomad posesion de ella; desde este momento os pertenece, porque es un dón que hago á la Iglesia. Vos formaréis de ella un lugar de reunion y de refugio para los fieles, para los miembros de la Iglesia, y en presencia mia la consagraréis y la convertiréis en iglesia (1). Dichosa por haber sido acogida en el seno de la Iglesia durante mi vida, quiero que la Iglesia sea acogida en mi casa despues de mi muerte» (2). Al mismo tiempo reúne todo lo más precioso que tenía, y lo distribuye entre los pobres. Lo mismo hace con el precio de los bienes inmuebles que puede vender. Por esta razon, cuando á los cuatro dias la manda prender Almaquio, y le manda entregar todos los bienes que Valeriano y Tiburcio le habian dejado, respondió Cecilia que nada habia conservado, que todos sus bienes los habia dado á los pobres (3). Esta respuesta de

(1) «Triduanas à Domino poposci inducias; ut domum meam Ecclesiam consecrarem.» (*Brev. Rom.*)

(2) Este deseo de la vírgen se cumplió. Su casa, consagrada en iglesia por San Urbano, bajo la invocacion de Santa Cecilia, cuyo nombre conserva al presente, es una de las más bellas iglesias de Roma y uno de los monumentos más preciosos de la religion. En ella se ven los baños en que la gran mártir fué encerrada para que muriese por el fuego. El papa Pascasio I reunió despues en ella, al cuerpo de Santa Cecilia, los de San Valeriano, de San Tiburcio y de los papas y mártires San Urbano y San Lucio, como tambien los restos de San Máximo. La estatua de la jóven vírgen, cayendo á tierra y muriendo de una herida en la garganta, es una obra maestra de Bernini, y no se ve cosa más bella ni más admirable.

(3) «Qui mox Cæciliam comprehendi imperat, ab eaque primum ubi Valeriani et Tiburtii facultates sint exquirat. Cui virgo, omnia illorum bona pauperibus distributa esse respondit.» (*Brev. Rom.*)

Cecilia pone furioso al prefecto, que queria arrebatarle sus bienes y su fe. Él la condena á ser quemada viva en el baño de su propia casa. Pero habiéndola respetado el fuego, Cecilia, dichosa con su suerte de confesar al Señor, sólo se ocupa de la conversion de los soldados que el tirano habia convertido en sus verdugos. «¿Qué esperais, soldados, les decia, que no os apresurais á arrojar las sombras de las tinieblas de la idolatría para vestiros con la armadura de la luz de la religion cristiana?» (1). Estas exhortaciones conmovieron á los soldados, pero no los convirtieron en el momento. Habiéndola hecho el jefe de ellos caer en tierra, segun las órdenes que habia recibido, quiso cortarle la cabeza con el hacha, con la cual le dió tres golpes, sin haber podido causarle más que una herida. Avergonzado de ser tan cruel con una jóven vírgen, se retira dejándola medio muerta, bañada en un lago de sangre. En este estado vive Cecilia tres dias, y al morir, hace que renazcan á la vida los autores de su muerte. Sus verdugos, y todos los que han sido espectadores de la constancia sobrenatural y celestial de la jóven mártir, no cesan de repetir: «Nosotros creemos que Jesucristo es verdaderamente el Hijo de Dios y el Dios verdadero; porque sólo un Dios ha podido obrar el prodigio de formar para Sí una sierva tal como Cecilia» (2). ¡Así es como Jesucristo se daba á conocer y triunfaba por medio de la mujer mártir!

Santa Susana, vírgen tambien romana, fué igual á Santa Cecilia por la elevacion del corazon y del espíritu, por la nobleza de sentimiento cristiano y por el santo entusiasmo de la virginidad y de la fe. Su padre era el célebre Gavinio, pariente del emperador Diocleciano y hermano uterino del papa San Cayo. Susana, por consiguiente, participaba, por su nacimiento, de lo más elevado que habia en el sacerdocio y en el Imperio, y ademas era un prodigio de hermosura. Gavinio, al mismo tiempo que era un gran señor, era tambien un gran sabio (3). Así es que, habiéndose convertido al Cristianismo y habiéndose hecho sacerdote despues de la

(1) «Eja, milites, abjicite opera tenebrarum et induimini arma lucis.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Credimus Christum Filium Dei verum Deum esse, qui talem tibi elegit famulam.» (*Ibid.*)

(3) «Eruditus omnigenis artium mundanarum litteris; cumque nobilissimus esset progenie, fama latissime cognoscebatur.» (*Act. Martyr.*)

muerte de su esposa, había hecho de su hija única la jóven más instruida de Roma en la literatura, en la filosofía, y sobre todo en la religion cristiana. Susana tenía el alma tan noble como la sangre. Apénas conoció á Jesucristo, cuando le amó; y apénas le amó, cuando quiso consagrarse toda entera á Él por el voto de virginidad.

Habiendo oido el emperador maravillas de la cultura, del talento y de la belleza de Susana, su parienta, quiso hacerla esposa de Maximino César, su hijo, y envió á Claudio, gran señor y pariente de Gavinio, á casa de éste para pedirle la mano de su hija. Susana se hallaba presente á esta peticion, y léjos de envanecerse de ella se llenó de horror. «¿Cómo, dijo ella á Claudio; cómo, siendo vos mi tío, habeis podido aceptar el encargo de hacerme una propuesta semejante? ¿No sabeis que soy cristiana? ¿Cómo osais proponerme que me case con un pagano, perseguidor tan cruel de mis hermanos, los cristianos, y cuyo parentesco hemos repudiado nosotros por esta causa? ¡Gloria á Dios todopoderoso que se ha dignado asociarme á los santos! Porque yo confio en que, por mi Señor Jesucristo, la repulsa de estas bodas me proporeionará la corona del martirio (1). Por otra parte, mi padre sabe bien que estoy obligada á vivir en la castidad, porque he consagrado mi virginidad á Jesucristo. Y vos, padre mio, vos no querreis sin duda que yo sea infiel al Dios á quien vos mismo me habeis prometido. Yo no quiero servir más que á Él, yo no quiero reposar más que en Él, y Él, que tiene toda mi fe, tendrá tambien todo mi corazon. — Yo me considero muy dichoso, hija mia, respondió Gavinio, de verte con tales disposiciones. Yo te bendigo y te exhorto á que permanezcas fiel en tu propósito. El mérito de tu ofrenda y de tu constancia en la fe recae sobre toda la familia, y nos hará á todos hostias agradables á nuestro Señor Jesucristo.»

El papa San Cayo, tío tambien de Susana, se hallaba presente á este coloquio, y añadió: «Sobrina, supuesto que te has consagrado perpétuamente á Dios, acuérdate de permanecer siempre fiel á sus mandamientos.» Y Susana, deshecha en lágrimas, le respondió:

(1) «Gloria omnipotenti Deo, qui me dignatus est jungere corporibus sanctorum. Sic enim credo in Dominum Jesum Christum; me hujus contemptus causa, ad martyrii palmam perventuram.» (*Act. Martyr.*)

«Yo espero, con el auxilio de vuestras oraciones, que nuestro Señor Jesucristo me concederá la gracia de que sea ese templo de Dios de que habla San Pablo cuando dice: *El templo de Dios es santo, y ese templo sois vos mismo.*» (I, *Cor.*, III.)

Admirado Claudio de oír hablar de este modo á su pequeña sobrina, quiso darle un beso; pero Susana retrocedió. Claudio le dijo: «Como vuestro tío que soy, he querido daros un beso por afecto que os tengo. ¿Me está esto acaso prohibido?» Susana le respondió: «Yo no rehusó vuestros besos porque sois mi tío, sino porque vuestra boca está manchada con los sacrificios que ofreceis á los ídolos. — Y ¿qué debo yo hacer para purificar mi boca de esa mancha? — Vos debeis hacer penitencia y haceros bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Movido Claudio por la gracia, consiente en ello, y volviendo á su casa, dice á su mujer: «Yo voy á hacerme cristiano; Cayo el obispo y Gavinio el sacerdote, mis primos, me han persuadido á ello; pero Susana, mi sobrina, es principalmente quien me ha atraído á la fe. Á las oraciones de esa jóven virgen debo yo la dicha de que el Señor se haya acercado á mí por medio de su gracia» (1).

La esposa de Claudio, llamada Propedigna, queda al principio llena de admiracion; mas rindiéndose despues á las dulces impresiones de la gracia, se dirige en busca del santo pontífice Cayo á la casa de Susana, y arrojándose á sus piés y bañándolos con sus lágrimas, le dice: «Vos habeis salvado á mi esposo, salvad tambien á su mujer y á sus hijos; vednos aquí á todos, hacednos á todos cristianos.» Al oír esto Susana, sale de su gabinete, se arroja al cuello de Propedigna y la abraza, diciéndole: «¡Cuán feliz soy, mi buena tia, al oír que vos tambien queréis ser cristiana! ¡Sea Dios bendito: ved aquí toda nuestra familia hecha cristiana!» Susana, fuera de sí de alegría, toma á su cuidado estos catecúmenos, se encarga de su instruccion y los prepara para el bautismo; y para colmo de ventura, el papa los bautiza y los confirma en su misma casa. De este modo Susana, sobrina de ellos segun la naturaleza, se hace madre segun la fe.

(1) «Narravit uxori suæ quemadmodum precibus puellæ nepotis suæ ad gratiam Domini accessisset. Caius episcopus frater meus hortatus est ut ita facerem, et Gavinius presbyter, et puella virgo præcipua in omnibus.» (*Act. Martyr.*)

Diocleciano, que no habia vuelto á ver Claudio, á quien habia dado el encargo de pedir la mano de Susana, le envia á Máximo, administrador de los bienes particulares del príncipe y hermano de Claudio, para saber el resultado de su misión acerca de la virgen. Claudio le dice: «Hermano mío, ¿qué quereis que os diga? He visto, en efecto, á mi amada sobrina, á quien venero como á mi maestra, y le he manifestado el deseo del emperador; pero he sabido que esta jóven, milagro de belleza y de sabiduría, es una santa consagrada al Dios eterno; no era, pues, posible hablarle de matrimonio; y te digo que por ella he sido redimido de todos mis pecados» (1).

En una palabra, Máximo ve también á Susana, y por sus exhortaciones se convierte también al Cristianismo con toda su familia, y recibiendo el bautismo y la confirmación por mano del pontífice San Cayo, en la misma casa de Susana, pone el colmo á la alegría de esta jóven de los prodigios. Al saber Diocleciano que Claudio y Máximo, lejos de haber cumplido su misión para con Susana se habian dejado *fascinar* por ella y se habian hecho cristianos, los manda prender con toda su familia, los hace deportar á Ostia, y allí les hace morir por el fuego y hace que sus cenizas sean arrojadas al mar. Así, pues, Claudio y Máximo no pudieron hacer de Susana la esposa del César, Rey de la tierra, y Susana hizo de ellos dos mártires de Jesucristo, Rey del cielo.

Rica del mérito de todas las virtudes y de la virtud de todos los méritos, no le faltaba más que el mérito y la gloria del martirio. Este mérito y esta gloria no se hicieron esperar por mucho tiempo. Diocleciano, despues de haber agotado en vano todos los medios para hacerla esposa de su hijo y para atraerla al culto de los ídolos, la hizo atormentar horriblemente, la hizo degollar secretamente en su misma casa, para evitar la indignación pública. Habiendo tenido noticia de esta ejecución, Severa, su esposa, se llevó el cuerpo de la ilustre mártir y le dió sepultura, como hemos visto ya. Volviendo el mismo día el papa San Cayo á la casa donde Susana acababa de ser inmolada por Jesucristo, ofreció el sacrificio de Jesucristo á su memoria y á su gloria, consagró aquella casa en iglesia, y la de-

(1) «Inveni eam sanctam, præclare sapientem, pulchritudine insignem, et Deo æterno dicatam; atque per eam redemptus sum á peccatis meis.» (*Act. Martyr.*)

signó por una de las iglesias de las estaciones de los fieles, como lo ha sido siempre hasta el presente (1). La iglesia de Santa Susana, en el Quirinal, es una de las más antiguas y de las más veneradas iglesias de Roma, por las glorias cristianas que recuerda y por los preciosos monumentos que encierra.

§ IX.—Santa Sotera.—Admirable trozo de elocuencia de San Ambrosio, describiendo su martirio.—El tormento de las bofetadas.—Santa Bibiana.—Sublime respuesta de Santa Segunda al tirano.—Santa Martina, diaconisa.—Multitud y horror de sus tormentos.—Grandes conversiones que siguieron á su gloriosa muerte.

Esta misma época del martirio de estas sublimes vírgenes en Roma fué ilustrada por el martirio de Santa Sotera en la misma ciudad. Ésta era una virgen de una belleza extraordinaria, que ella ocultaba por modestia con un largo velo que cubria continuamente su rostro. Se le manda que sacrifique á los ídolos, ó que sufra la vergüenza de ser abofeteada en público por mano del verdugo, y la noble heroína se quita su velo sin decir una palabra, y á imitación de su celestial esposo, ofreció ella misma sus virginales mejillas á las bofetadas. La abofetean despiadadamente hasta desfigurarla; pero la vergüenza y el dolor, lejos de arrancarle ni una sola queja, parece que la hacen dichosa de asemejarse al Salvador del mundo, sufriendo el mismo ultraje. La única cosa que la aflige es pensar que quieran despojarla de sus vestiduras y ultrajarla de una manera más cruel en su pudor (2). Por esta razón pide á Dios la gracia de acabar cuanto ántes sus padecimientos por medio de la espada. Esta gracia se le concede; porque la santa virgen es degollada,

(1) «Eodem die Caius episcopus, in eam domum ubi illa percussa est ingrediens, sacrificia Domino Deo suo obtulit, pro commemoratione Beatæ Susanæ; atque ex illo tempore christianorum statio deputata est in his ædibus, usque in hodiernum diem.» (*Act. Mart.*, 8 Maii.)

(2) De todos los tormentos que la ferocidad de los tiranos hacia sufrir á las vírgenes cristianas, éste era el más cruel. «Últimamente, decia Tertuliano á aquellos monstruos, que tan crueles se manifestaban con las jóvenes, se condenaba á una cristiana á ser expuesta en un lugar infame, y vosotros habeis reconocido que nosotros tememos la impureza más que los tormentos y que la muerte misma.»